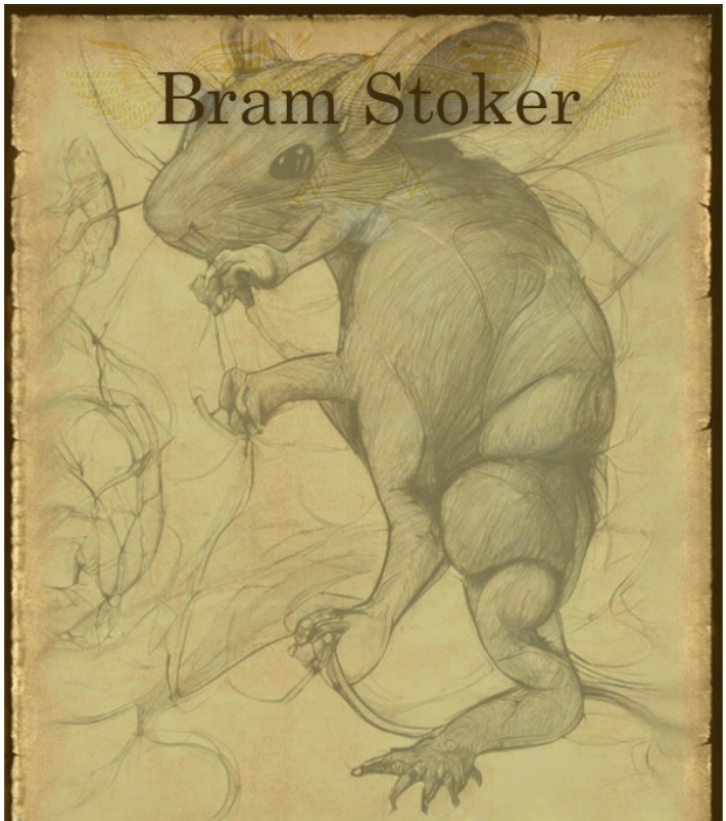
Bram Stoker



El Entierro de Las Ratas

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

El entierro de las ratas

Bram Stoker

Publicado: 1895
Fuente: en.wikisource.org
Traductor: Elejandría

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación en inglés en en.wikisource.org

El entierro de las ratas

Bram Stoker

Saliendo de París por la carretera de Orleans, se cruza las Murallas y, girando a la derecha, uno se encuentra en un barrio algo salvaje y nada agradable. A derecha e izquierda, por delante y por detrás, por todos lados se levantan grandes montones de basura y suciedad acumulados por el paso del tiempo.

París tiene su vida nocturna y diurna, y el turista que entra en su hotel de la calle Rivoli o de la calle St. Honore a altas horas de la noche o sale de él a primera hora de la mañana, puede adivinar, al acercarse a Montrouge -si no lo ha hecho ya-, la finalidad de esos grandes carros que parecen calderas con ruedas y que encuentra parados por todas partes a su paso.

Cada ciudad tiene sus instituciones peculiares creadas a partir de sus propias necesidades; y una de las instituciones más notables de París es su población de traperos. A primera hora de la mañana -y la vida parisina comienza a temprana hora- se pueden ver en la mayoría de las calles, en el camino frente a cada patio y callejón y entre cada pocas casas, como todavía en algunas ciudades americanas, incluso en partes de Nueva York, grandes cajas de madera en las que las empleadas domésticas o los inquilinos vacían la basura acumulada del día anterior. Alrededor de estas cajas se reúnen y pasan, cuando el trabajo está terminado, a los nuevos campos de trabajo y a los pastos nuevos, hombres y mujeres escuálidos y de aspecto hambriento, cuyos instrumentos de trabajo consisten en una bolsa o cesta tosca colgada al hombro y un pequeño rastrillo con el que dan la vuelta y examinan minuciosamente los cubos de basura. Recogen y depositan en sus cestas, con la ayuda de sus rastrillos, todo lo que encuentran, con la

misma facilidad con la que un chino utiliza sus palillos.

París es una ciudad de centralización, y centralización y clasificación están estrechamente relacionadas. En los primeros tiempos, cuando la centralización se convierte en un hecho, su precursor es la clasificación. Todas las cosas que son similares o análogas se agrupan, y de la agrupación de grupos surge un todo o punto central. Vemos irradiar muchos brazos extensos con innumerables tentáculos, y en el centro se eleva una cabeza gigantesca con un cerebro exhaustivo y ojos agudos para mirar a todos lados y oídos sensibles para oír, y una boca voraz para tragar.

Otras ciudades se asemejan a todas las aves y bestias y peces cuyos apetitos y digestiones son normales. Sólo París es la apoteosis analógica del pulpo. Producto de la centralización llevada al ad absurdum, representa con justicia al pez diablo; y en ningún aspecto es más curiosa la semejanza que en la similitud del aparato digestivo.

Aquellos turistas inteligentes que, habiendo entregado su individualidad en manos de los señores Cook o Gaze, "hacen" París en tres días, a menudo se quedan perplejos al saber cómo es que la cena que en Londres costaría unos seis chelines, puede tomarse por tres francos en un café del Palais Royal. No tienen que asombrarse más si no consideran la clasificación que es una especialidad teórica de la vida parisina, y adoptan en conjunto el hecho del que procede el trapero.

El París de 1850 no era como el París de hoy, y quienes ven el París de Napoleón y del barón Haussmann difícilmente pueden darse cuenta de la existencia del estado de cosas de hace cuarenta y cinco años.

Sin embargo, entre otras cosas que no han cambiado están los barrios donde se acumulan los residuos. La basura es basura en todo el mundo, en todas las épocas, y la semejanza familiar de los montones de basura es perfecta. El viajero, por lo tanto, que visita los alrededores de Montrouge puede retroceder en la fantasía sin dificultad al año 1850.

En este año yo estaba haciendo una estancia prolongada en París. Estaba muy enamorado de una joven que, aunque correspondía a mi pasión, cedía tanto a los deseos de sus padres que había prometido no verme ni mantener correspondencia conmigo durante un año. Yo también me había visto obligado a acceder a estas condiciones con la vaga esperanza de la aprobación de los padres.

Durante el período de prueba había prometido permanecer fuera del país y no escribir a mi querida hasta que expirara el año.

Naturalmente, el tiempo se me hizo pesado. No había nadie de mi familia o de mi círculo que pudiera hablarme de Alice, y ninguno de los suyos tuvo, lamento decirlo, la generosidad suficiente para enviarme siquiera una palabra ocasional de consuelo sobre su salud y bienestar. Pasé seis meses vagando por Europa, pero como no pude encontrar ninguna distracción satisfactoria en los viajes, decidí venir a París, donde, por lo menos, estaría a poca distancia de Londres en caso de que la buena fortuna me llamara allí antes del tiempo previsto. Aquello de que "la esperanza aplazada enferma el corazón" nunca se ejemplificó mejor que en mi caso, pues además del perpetuo anhelo de ver el rostro que amaba, siempre me acompañaba una angustiosa ansiedad por si algún accidente me impedía demostrar a Alice a su debido tiempo que, durante el largo período de prueba, había sido fiel a su confianza y a mi propio amor. Así, cada aventura que emprendía tenía un feroz placer propio, pues estaba cargada de posibles consecuencias mayores que las que hubiera soportado ordinariamente.

Como todos los viajeros, agoté los lugares de mayor interés en el primer mes de mi estancia, y en el segundo me vi impulsado a buscar diversión en cualquier lugar. Después de haber hecho varios viajes a los suburbios más conocidos, empecé a ver que había una terra incognita, en lo que respecta a la guía, en el desierto social que se encuentra entre estos puntos atractivos. En consecuencia, comencé a sistematizar mis investigaciones y cada día retomaba el hilo de mi exploración en el lugar donde lo había dejado el día anterior.

Con el tiempo, mis andanzas me condujeron cerca de Montrouge, y vi que por allí se encontraba la Ultima Thule de la exploración social, un país tan poco conocido como el que rodea el nacimiento del Nilo Blanco. Así pues, decidí investigar filosóficamente al trapero: su hábitat, su vida y sus medios de vida.

El trabajo era desagradable, difícil de realizar y con pocas esperanzas de una recompensa adecuada. Sin embargo, a pesar de la razón, la obstinación prevaleció, y entré en mi nueva investigación con una energía más aguda de la que podría haber reunido para ayudarme en cualquier investigación que condujera a cualquier fin, valioso o digno.

Un día, a última hora de una hermosa tarde, hacia finales de

septiembre, entré en el lugar sagrado de la ciudad de la basura. El lugar era evidentemente la morada reconocida de un número de tra, ya que se manifestaba algún tipo de arreglo en la formación de los montones de basura cerca de la carretera. Pasé entre estos montones, que se mantenían como centinelas ordenados, decidido a penetrar más allá y rastrear la basura hasta su última ubicación.

Al pasar vi detrás de los montones de basura algunas formas que revoloteaban de un lado a otro, evidentemente observando con interés la llegada de cualquier extraño a tal lugar. El distrito era como una pequeña Suiza, y a medida que avanzaba mi tortuoso curso cerraba el camino detrás de mí.

Al poco tiempo me adentré en lo que parecía una pequeña ciudad o comunidad de traperos. Había una serie de chabolas o cabañas, como las que se pueden encontrar en las partes remotas del pantano de Allan, lugares rudos con paredes de paja, enlucidas con barro y techos de paja rudimentaria hecha con desechos de establo, lugares en los que uno no querría entrar por ninguna consideración, y que incluso en acuarela sólo podrían parecer pintorescos si se trataran juiciosamente. En medio de estas cabañas se encontraba una de las adaptaciones más extrañas -no puedo decir habitáculos- que jamás había visto. Un inmenso y antiguo armario, resto colosal de algún tocador de Carlos VII o Enrique II, había sido convertido en vivienda. Las puertas dobles estaban abiertas, de modo que todo el menage quedaba a la vista del público. En la mitad abierta del armario había un salón común de unos cuatro pies por seis, en el que estaban sentados, fumando sus pipas alrededor de un brasero de carbón, no menos de seis viejos soldados de la Primera República, con sus uniformes rotos y desgastados. Evidentemente, pertenecían a la clase de los mauvais sujet; sus ojos apagados y sus mandíbulas flácidas delataban claramente una afición común a la absenta; y sus ojos tenían esa mirada demacrada y desgastada que caracteriza al borracho en su peor momento, y esa mirada de ferocidad adormecida que sigue con fuerza la estela de la bebida. El otro lado se mantenía como antaño, con sus estantes intactos, salvo que estaban cortados a la mitad de su profundidad, y en cada estante, de los cuales había seis, había una cama hecha con trapos y paja. La media docena de dignatarios que habitaban esta estructura me miraron con curiosidad cuando pasé; y cuando miré hacia atrás después de recorrer un poco, vi sus cabezas juntas en una conferencia susurrada. No me gustó nada el aspecto de aquello,

pues el lugar era muy solitario y los hombres parecían muy, muy villanos. Sin embargo, no vi ningún motivo para temer, y seguí mi camino, adentrándome cada vez más en el Sahara. El camino era tortuoso hasta cierto punto, y por dar vueltas en una serie de semicírculos, como se hace al patinar con el rollo holandés, me confundí bastante con respecto a los puntos de la brújula.

Cuando hube penetrado un poco, vi, al doblar la esquina de un montón a medio hacer, sentado sobre un montón de paja a un viejo soldado con el abrigo raído.

"¡Hola!", me dije; "la Primera República está bien representada aquí en su soldadesca".

Cuando pasé junto a él, el viejo ni siquiera levantó la vista hacia mí, sino que miró al suelo con una persistencia impasible. De nuevo comenté para mis adentros: "¡Vean lo que puede hacer una vida de guerra ruda! La curiosidad de este viejo es cosa del pasado".

Sin embargo, cuando había dado unos pasos, miré hacia atrás de repente y vi que la curiosidad no había muerto, pues el veterano había levantado la cabeza y me miraba con una expresión muy extraña. Me pareció que se parecía mucho a uno de los seis dignos de la prensa. Al verme mirar, bajó la cabeza; y sin pensar más en él seguí mi camino, satisfecho de que había un extraño parecido entre estos viejos guerreros.

Al poco tiempo me encontré con otro viejo soldado en una situación similar. Tampoco él se fijó en mí mientras pasaba.

Ya era tarde y empecé a pensar en volver sobre mis pasos. Por lo tanto, me di la vuelta para regresar, pero pude ver una serie de pistas que conducían entre diferentes montículos y no pude saber cuál de ellas debía tomar. En mi perplejidad quise ver a alguien a quien preguntar el camino, pero no pude ver a nadie. Decidí avanzar unos cuantos montículos más y así tratar de ver a alguien, no a un veterano.

Conseguí mi objetivo, ya que después de avanzar un par de cientos de metros vi ante mí una sola choza como la que había visto antes, aunque con la diferencia de que ésta no era para vivir, sino simplemente un techo con tres paredes abiertas por delante. Por las evidencias que mostraba el barrio, supuse que era un lugar de clasificación. En su interior había una anciana arrugada y encorvada por la edad; me acerqué a ella para preguntarle el camino.

Se levantó cuando me acerqué y le pregunté el camino.

Inmediatamente entabló una conversación, y se me ocurrió que aquí, en el centro mismo del Reino de la Basura, era el lugar adecuado para recabar detalles de la historia de la recogida de traperos en París, sobre todo porque podía hacerlo de labios de alguien que parecía el habitante más antiguo.

Comencé a indagar y la anciana me dio respuestas muy interesantes: había sido una de las catequistas que se sentaban a diario ante la guillotina y había tomado parte activa entre las mujeres que se distinguían por su violencia en la revolución. Mientras hablábamos, dijo de repente: "Pero m'sieur debe estar cansado de estar de pie", y desempolvó un viejo taburete desvencijado para que me sentara. Me costó hacerlo por muchas razones; pero la pobre anciana era tan cortés que no quise correr el riesgo de herirla al negarme, y además la conversación de alguien que había estado en la toma de la Bastilla era tan interesante que me senté y así continuó nuestra conversación.

Mientras hablábamos, un anciano -más viejo y más encorvado y arrugado incluso que la mujer- apareció por detrás de la chabola. "Aquí está Pierre", dijo. "M'sieur puede escuchar historias ahora si lo desea, porque Pierre estuvo en todo, desde la Bastilla hasta Waterloo". El viejo tomó otro taburete a petición mía y nos sumergimos en un mar de reminiscencias revolucionarias. Este anciano, aunque vestido como un espantapájaros, era como cualquiera de los seis veteranos.

Ahora estaba sentado en el centro de la cabaña baja, con la mujer a mi izquierda y el hombre a mi derecha, cada uno de ellos un poco delante de mí. El lugar estaba lleno de toda clase de curiosos objetos de madera, y de muchas cosas que yo deseaba que estuvieran lejos. En un rincón había un montón de trapos que parecía moverse por la cantidad de alimañas que contenía, y en el otro un montón de huesos cuyo olor era algo chocante. De vez en cuando, al mirar los montones, podía ver los ojos brillantes de algunas de las ratas que infestaban el lugar. Estos objetos repugnantes ya eran bastante malos, pero lo que parecía aún más espantoso era un viejo hacha de carnicero con un mango de hierro manchado de coágulos de sangre que se apoyaba en la pared del lado derecho. Sin embargo, estas cosas no me preocuparon demasiado. La charla de los dos ancianos era tan fascinante que me quedé una y otra vez, hasta que llegó el atardecer y los montones de basura arrojaron oscuras sombras sobre los valles entre ellos.

Al cabo de un tiempo empecé a inquietarme, no sabría decir cómo ni por qué, pero de alguna manera no me sentía satisfecho. La inquietud es un instinto y significa una advertencia. Las facultades psíquicas son a menudo los centinelas del intelecto; y cuando suenan como una alarma, la razón comienza a actuar, aunque quizás no conscientemente.

Así fue en mi caso. Empecé a pensar en dónde estaba y por qué estaba rodeado, y a preguntarme cómo me iría en caso de que me atacaran; y entonces irrumpió en mí la idea, aunque sin ninguna causa manifiesta, de que estaba en peligro. La prudencia me susurró: "Quédate quieto y no hagas ninguna señal", y así me quedé quieto y no hice ninguna señal, porque sabía que cuatro ojos astutos me miraban. "Cuatro ojos... si no son más". ¡Dios mío, qué pensamiento tan horrible! Toda la chabola podía estar rodeada por tres lados de villanos. Podía encontrarme en medio de una banda de forajidos como sólo medio siglo de revolución periódica puede producir.

Con la sensación de peligro, mi intelecto y mi observación se aceleraron, y me volví más vigilante de lo que acostumbraba. Noté que los ojos de la anciana se desviaban constantemente hacia mis manos. Yo también las miré y vi la causa: mis anillos. En mi dedo meñique izquierdo tenía un gran sello y en el derecho un buen diamante.

Pensé que si había algún peligro, mi primer cuidado era evitar las sospechas. En consecuencia, empecé a llevar la conversación a la recogida de trapos, a los desagües y a las cosas que allí se encontraban, y así, por etapas fáciles, a las joyas. Entonces, aprovechando una oportunidad favorable, le pregunté a la anciana si sabía algo de esas cosas. Me contestó que sí, un poco. Extendí mi mano derecha y, mostrándole el diamante, le pregunté qué le parecía. Me contestó que sus ojos estaban mal, y se inclinó sobre mi mano. Le dije con la mayor despreocupación posible: "¡Perdóname! Así verás mejor", y quitándoselo se lo entregué. Una luz impía apareció en su viejo y marchito rostro cuando lo tocó. Me echó una mirada rápida y aguda como un relámpago.

Se inclinó un momento sobre el anillo, con el rostro oculto, como si lo estuviera examinando. El anciano miró de frente a la chabola que tenía delante, al tiempo que rebuscaba en sus bolsillos y sacaba una rosca de tabaco en un papel y una pipa, que procedió a llenar. Aproveché la pausa y el descanso momentáneo de los ojos

escrutadores en mi cara para mirar cuidadosamente alrededor del lugar, ahora oscuro y sombrío en la penumbra. Allí seguían todos los montones de hediondez variada; allí el terrible hacha manchada de sangre apoyada en la pared de la esquina derecha, y por todas partes, a pesar de la oscuridad, el torvo brillo de los ojos de las ratas. Podía verlos incluso a través de algunos resquicios de las tablas del fondo, muy cerca del suelo. Pero, ¡quédate! estos últimos ojos parecían más grandes, brillantes y maléficos que los habituales.

Por un instante mi corazón se detuvo, y me sentí en esa condición de torbellino mental en la que uno siente una especie de embriaguez espiritual, y como si el cuerpo sólo se mantuviera erguido en la medida en que no hay tiempo para que caiga antes de la recuperación. Luego, en otro segundo, me sentí calmado, fríamente calmado, con todas mis energías en pleno vigor, con un autocontrol que me pareció perfecto y con todos mis sentimientos e instintos alerta.

Ahora sabía la magnitud de mi peligro: ¡estaba vigilado y rodeado de gente desesperada! No podía ni siquiera adivinar cuántos de ellos estaban tirados en el suelo detrás de la chabola, esperando el momento de atacar. Yo sabía que era grande y fuerte, y ellos también lo sabían. También sabían, al igual que yo, que yo era un inglés y que iba a luchar por ello; y así esperamos. Sentí que había ganado una ventaja en los últimos segundos, pues conocía mi peligro y comprendía la situación. Ahora, pensé, es la prueba de mi valor, la prueba de resistencia: ¡la prueba de lucha puede venir después!

La anciana levantó la cabeza y me dijo satisfecha

"Un anillo muy fino, en efecto, ¡un hermoso anillo! ¡Oh, yo! Una vez tuve esos anillos, muchos, y brazaletes y pendientes. Oh, porque en aquellos hermosos días yo dirigía el baile de la ciudad. ¡Pero ahora me han olvidado! Me han olvidado. ¿Ellos? Nunca oyeron hablar de mí. Tal vez sus abuelos se acuerden de mí, algunos de ellos", y soltó una risa áspera y graznante. Y entonces debo decir que me asombró, porque me devolvió el anillo con una cierta sugerencia de gracia anticuada que no dejaba de ser patética.

El anciano la miró con una especie de ferocidad repentina, medio levantándose de su taburete, y me dijo de repente y con voz ronca

"¡Déjame ver!"

Estaba a punto de entregar el anillo cuando la anciana dijo:

¡"¡No! no, no se lo dé a Pierre! Pierre es un excéntrico. Pierde

cosas; ¡y un anillo tan bonito!"

"¡Gato!", dijo el viejo, salvajemente. De repente, la anciana dijo, en voz más alta de lo necesario:

"¡Espera! Te diré algo sobre un anillo". Había algo en el sonido de su voz que me sacudió. Tal vez fuera mi hipersensibilidad, que me había llevado a tal grado de excitación nerviosa, pero me pareció que no se dirigía a mí. Cuando eché una mirada alrededor del lugar, vi los ojos de las ratas en los montones de huesos, pero no vi los ojos en la parte de atrás. Pero mientras miraba los vi aparecer de nuevo. El "¡espera!" de la anciana me había dado un respiro en el ataque, y los hombres habían vuelto a su postura reclinada.

"Una vez perdí un anillo, un hermoso aro de diamantes que había pertenecido a una reina, y que me regaló un campesino de los impuestos, que después se degolló porque lo mandé a paseo. Pensé que me lo habían robado, y denuncié a mi gente, pero no pude encontrar nada. La policía vino y sugirió que había encontrado el camino hacia el desagüe. Descendimos, yo con mis ropas finas, pues no quería confiarles mi hermoso anillo. Desde entonces sé más de los desagües, y también de las ratas, pero nunca olvidaré el horror de aquel lugar: vivos con los ojos encendidos, una pared de ellos justo fuera de la luz de nuestras antorchas. Bueno, llegamos debajo de mi casa. Buscamos en la salida del desagüe, y allí, en la inmundicia, encontramos mi anillo, y salimos.

"¡Pero también encontramos algo más antes de llegar! Mientras nos acercábamos a la abertura un montón de ratas de alcantarilla - esta vez humanas- vinieron hacia nosotros. Dijeron a la policía que uno de ellos había entrado en la alcantarilla, pero que no había regresado. Había entrado poco antes que nosotros y, si se había perdido, no podía estar muy lejos. Pidieron ayuda para buscarlo, así que nos volvimos. Intentaron impedirme ir, pero insistí. Era una nueva emoción, y ¿no había recuperado mi anillo? No fuimos muy lejos hasta que nos topamos con algo. No había más que un poco de agua, y el fondo de la alcantarilla estaba levantado con ladrillos, basura y mucha materia de ese tipo. Había luchado por ello, incluso cuando su linterna se había apagado. Pero eran demasiados para él. No habían tardado mucho en llegar. Los huesos estaban todavía calientes, pero estaban limpios. Incluso se habían comido a sus propios muertos y había huesos de ratas además de los del hombre. Se lo tomaron con calma los otros, los humanos, y bromearon con su camarada cuando lo encontraron muerto, aunque lo habrían

ayudado vivo. ¡Bah! ¿Qué importa, la vida o la muerte?"

"¿Y no tuvisteis miedo?" le pregunté.

"¡Miedo!", dijo con una carcajada. "¿Yo tener miedo? ¡Pregúntale a Pierre! Pero yo

era más joven entonces, y, al atravesar ese horrible desagüe con su pared de ojos codiciosos, siempre moviéndose con el círculo de la luz de las antorchas, no me sentí fácil. Sin embargo, ¡seguí adelante ante los hombres! ¡Es una manera que tengo! Nunca dejo que los hombres lo consigan antes que yo. ¡Todo lo que quiero es una oportunidad y un medio! Y se lo comieron; se llevaron todo rastro, excepto los huesos; y nadie lo supo, ni se oyó jamás ningún sonido de él". Aquí rompió en un ataque de risa de la más espantosa alegría que me tocó ver y oír. Una gran poetisa describe a su heroína cantando: "¡Oh, verla u oírla cantar! Apenas sé cuál es el más divino".

Y puedo aplicar la misma idea al viejo gruñón, en todo menos en la divinidad, pues apenas podía decir cuál era la más infernal: la risa áspera, maliciosa, satisfecha y cruel, o la sonrisa lasciva, y la horrible apertura cuadrada de la boca como una máscara trágica, y el brillo amarillo de los pocos dientes descoloridos en las encías sin forma. En aquella risa, en aquella sonrisa y en aquella satisfacción risueña, supe tan bien como si me lo hubieran dicho con palabras de trueno que mi asesinato estaba resuelto y que los asesinos sólo esperaban el momento oportuno para llevarlo a cabo. Pude leer entre las líneas de su espantoso relato las órdenes a sus cómplices. "Esperad", parecía decir, "esperad vuestro tiempo. Yo daré el primer golpe. ¡Encuentren el arma para mí, y yo aprovecharé la oportunidad! No podrá escapar. Manténgalo callado, y entonces nadie se dará cuenta. No habrá ningún clamor, y las ratas harán su trabajo".

Cada vez estaba más oscuro; la noche se acercaba. Eché un vistazo a la chabola, que seguía igual. El hacha ensangrentada en el rincón, los montones de mugre y los ojos en los montones de huesos y en las grietas del suelo.

Pierre seguía llenando ostensiblemente su pipa; ahora encendió la luz y empezó a dar caladas. La anciana dijo:

"¡Corazón, qué oscuro está! Pierre, como buen muchacho, enciende la lámpara".

Pierre se levantó y con la cerilla encendida en la mano tocó la mecha de una lámpara que colgaba a un lado de la entrada de la

chabola, y que tenía un reflector que arrojaba la luz por todo el lugar. Evidentemente, era la que se utilizaba para su clasificación por la noche.

"¡Eso no, estúpido! ¡Eso no! La linterna!", le gritó ella.

Él la apagó inmediatamente, diciendo: "Está bien, madre, lo encontraré", y se apresuró a recorrer la esquina izquierda de la habitación, mientras la anciana decía a través de la oscuridad:

"¡La linterna! ¡La linterna! Esa es la luz más útil para nosotros, los pobres". El farol era el amigo de la revolución. ¡Es el amigo del trapero! Nos ayuda cuando todo lo demás falla".

Apenas había dicho la palabra, cuando se oyó una especie de crujido en todo el lugar, y algo se arrastró constantemente por el techo.

De nuevo me pareció leer entre las líneas de sus palabras. Sabía la lección de la linterna.

"Que uno de vosotros suba al tejado con un lazo y lo estrangule cuando se desmaye si fallamos dentro".

Cuando miré por la abertura, vi el lazo de una cuerda delineado en negro contra el cielo escabroso. Ahora sí que estaba acosado.

Pierre no tardó en encontrar la linterna. Mantuve mis ojos fijos en la oscuridad en la anciana. Pierre encendió su linterna, y por su destello vi a la anciana levantar del suelo, junto a ella, donde había aparecido misteriosamente, y luego esconder en los pliegues de su vestido, un largo y afilado cuchillo o daga. Parecía ser como un afilador de carnicero afinado hasta una punta afilada.

La linterna estaba encendida.

"Tráelo aquí, Pierre", dijo. "Colócalo en la puerta donde podamos verlo. Mira qué bonito es. Nos cierra la oscuridad; es justo lo que necesitamos".

Justo para ella y sus propósitos. Arrojó toda su luz sobre mi cara, dejando en penumbra los rostros de Pierre y de la mujer, que se sentaron fuera de mí a cada lado.

Sentí que se acercaba el momento de la acción; pero ahora sabía que la primera señal y el primer movimiento vendrían de la mujer, y por eso la vigilaba.

Estaba desarmado, pero había decidido qué hacer. Al primer movimiento tomaría el hacha de carnicero de la esquina derecha y me abriría paso. Al menos, moriría con fuerza. Eché un vistazo a mi alrededor para fijar su ubicación exacta, de modo que no pudiera fallar en el primer esfuerzo, ya que entonces, si es que lo había, el

tiempo y la precisión serían preciosos.

¡Dios mío! Ya no estaba. Todo el horror de la situación se apoderó de mí; pero el pensamiento más amargo de todos fue que si el resultado de la terrible posición fuera en mi contra, Alice sufriría infaliblemente. O bien me creería falso -y cualquier amante, o cualquiera que lo haya sido alguna vez, puede imaginar la amargura de ese pensamiento- o bien seguiría amando mucho después de que yo me hubiera perdido para ella y para el mundo, de modo que su vida estaría rota y amargada, destrozada por la decepción y la desesperación. La propia magnitud del dolor me fortaleció y me puso nervioso para soportar el temible escrutinio de los conspiradores.

Creo que no me traicioné. La anciana me observaba como un gato a un ratón; tenía la mano derecha escondida en los pliegues de su vestido, aferrando, lo sabía, aquella daga larga y de aspecto cruel. Si hubiera visto alguna decepción en mi rostro, habría sabido que había llegado el momento y se habría abalanzado sobre mí como una tigresa, segura de tomarme desprevenida.

Miré hacia la noche y vi un nuevo motivo de peligro. Delante y alrededor de la cabaña había algunas formas sombrías a poca distancia; estaban muy quietas, pero yo sabía que todas estaban alerta y en guardia. Ahora tenía pocas posibilidades en esa dirección.

Volví a echar un vistazo al lugar. En momentos de gran excitación y de gran peligro, que es la excitación, la mente trabaja muy rápidamente, y la agudeza de las facultades que dependen de la mente crece en proporción. Ahora sentí esto. En un instante comprendí toda la situación. Vi que el hacha había sido tomada a través de un pequeño agujero hecho en una de las tablas podridas. Qué podridas debían de estar para permitir que se hiciera algo así sin una pizca de ruido.

La cabaña era una trampa para asesinos, y estaba vigilada por todas partes. Un garrotero yacía en el techo, listo para enredarme con su lazo si me escapaba de la daga de la vieja bruja. Delante, el camino estaba custodiado por no sé cuántos vigilantes. Y al fondo había una hilera de hombres desesperados -había visto sus ojos todavía a través de la grieta en las tablas del suelo, la última vez que miré-, que yacían tendidos esperando la señal para comenzar a erguirse. Si iba a ser alguna vez, ¡ahora sí!

Tan despreocupadamente como pude, me giré ligeramente sobre

mi taburete para poner la pierna derecha bien debajo de mí. Luego, con un salto repentino, girando la cabeza y protegiéndola con las manos, y con el instinto de lucha de los caballeros de antaño, pronuncié el nombre de mi señora y me lancé contra la pared trasera de la cabaña.

Por muy atentos que estuvieran, la brusquedad de mi movimiento sorprendió tanto a Pierre como a la anciana. Al estrellarme contra los maderos podridos, vi a la anciana levantarse de un salto como un tigre y oí su bajo grito de rabia desconcertada. Mis pies se encendieron en algo que se movía, y al alejarme de un salto supe que había pisado la espalda de uno de la fila de hombres que yacían de bruces fuera de la cabaña. Estaba desgarrado con clavos y astillas, pero por lo demás estaba ileso. Sin aliento, me apresuré a subir el montículo que tenía delante, oyendo mientras avanzaba el sordo estruendo de la chabola al derrumbarse en una masa.

Fue una subida de pesadilla. El montículo, aunque bajo, era terriblemente empinado, y a cada paso que daba la masa de basura y cenizas se desplomaba conmigo y cedía bajo mis pies. El polvo se levantaba y me asfixiaba; era nauseabundo, fétido, espantoso; pero sentía que mi ascenso era a vida o muerte, y seguí luchando. Los segundos me parecieron horas; pero los pocos momentos que tuve para empezar, combinados con mi juventud y fuerza, me dieron una gran ventaja, y, aunque varias formas lucharon tras de mí en un silencio mortal que era más terrible que cualquier sonido, llegué fácilmente a la cima. Desde entonces he subido al cono del Vesubio, y mientras subía con dificultad aquella lúgubre pendiente en medio de los humos sulfurosos, el recuerdo de aquella horrible noche en Montrouge volvió a mí tan vívidamente que casi me desmayo.

El montículo era uno de los más altos de la región de basura, y mientras me esforzaba por llegar a la cima, jadeando y con el corazón latiendo como un mazo, vi a mi izquierda el brillo rojo y apagado del cielo, y más cerca aún el destello de las luces. Gracias a Dios. Sabía dónde estaba ahora y dónde estaba el camino a París.

Durante dos o tres segundos me detuve y miré hacia atrás. Mis perseguidores estaban todavía muy por detrás de mí, pero luchando con decisión y en un silencio mortal. Más allá, la chabola era una ruina, un amasijo de maderas y formas en movimiento. Pude verlo bien, porque las llamas ya estaban estallando; los trapos y la paja se habían incendiado evidentemente con el farol. Pero el silencio seguía allí. Ni un solo ruido. Estos viejos desgraciados podrían

morir de juego, de cualquier manera.

No tuve tiempo más que de echar una mirada de pasada, porque cuando eché un ojo alrededor del montículo antes de descender, vi varias formas oscuras que se precipitaban a ambos lados para cortarme el paso. Ahora era una carrera por la vida. Intentaban adelantarme en mi camino hacia París, y con el instinto del momento me precipité hacia el lado derecho. Llegué justo a tiempo, porque, aunque bajé la pendiente en pocos pasos, los cautelosos ancianos que me observaban se volvieron, y uno de ellos, al pasar corriendo por la abertura entre los dos montículos de enfrente, estuvo a punto de darme un golpe con aquella terrible hacha de carnicero. Seguramente no podía haber dos armas semejantes.

Entonces comenzó una persecución realmente horrible. Corrí con facilidad por delante de los ancianos, e incluso cuando algunos más jóvenes y algunas mujeres se unieron a la caza los distancié fácilmente. Pero no conocía el camino, y ni siquiera podía guiarme por la luz del cielo, pues huía de ella. Había oído decir que, a menos que sea con un propósito consciente, los hombres cazados se desvían siempre hacia la izquierda, y así lo descubrí ahora; y así, supongo, lo sabían también mis perseguidores, que eran más animales que hombres, y con astucia o instinto habían descubierto tales secretos por sí mismos: porque al terminar un rápido chorro, tras el cual pretendía tomar un momento de respiro, vi de repente delante de mí dos o tres formas que pasaban rápidamente detrás de un montículo a la derecha.

Ahora sí que estaba en la tela de araña. Pero con el pensamiento de este nuevo peligro vino el recurso de la caza, y así me lancé por el siguiente giro a la derecha. Continué en esta dirección durante unos cien metros, y luego, al girar de nuevo a la izquierda, me sentí seguro de haber evitado, en cualquier caso, el peligro de ser rodeado.

Pero no de ser perseguido, pues la chusma seguía tras de mí, firme, tenaz, implacable, y todavía en sombrío silencio.

En la mayor oscuridad, los montículos parecían ahora algo más pequeños que antes, aunque -puesto que la noche se cerraba- parecían más grandes en proporción. Ahora estaba muy por delante de mis perseguidores, así que me lancé al montículo de enfrente.

¡Oh, alegría de las alegrías! Me encontraba cerca del borde de este infierno de polvorines. A mis espaldas se veía la luz roja de París en el cielo, y detrás se alzaban las alturas de Montmartre, una

luz tenue, con puntos brillantes como estrellas.

Recuperado en un momento, pasé por encima de los pocos montículos que quedaban, cada vez más pequeños, y me encontré en el terreno llano de más allá. Sin embargo, incluso entonces, la perspectiva no era atractiva. Todo lo que había ante mí era oscuro y lúgubre, y evidentemente había llegado a uno de esos lugares húmedos y bajos que se encuentran aquí y allá en la vecindad de las grandes ciudades. Lugares de desperdicio y desolación, donde el espacio es necesario para la aglomeración final de todo lo que es nocivo, y el suelo es tan pobre que no crea ningún deseo de ocupación ni siquiera en el más bajo ocupante. Con los ojos acostumbrados a la penumbra del atardecer, y lejos ahora de las sombras de aquellos espantosos montones de basura, podía ver mucho más fácilmente que hace un rato. Podía ser, por supuesto, que el resplandor en el cielo de las luces de París, aunque la ciudad estaba a algunas millas de distancia, se reflejara aquí. Sea como fuere, veía lo suficientemente bien como para orientarme sin duda a cierta distancia a mi alrededor.

Delante había un terreno desolado y llano, que parecía casi sin vegetación, con los oscuros destellos de los charcos estancados. Aparentemente, a la derecha, en medio de un pequeño grupo de luces dispersas, se alzaba la masa oscura del Fuerte Montrouge, y a la izquierda, en la tenue distancia, señalada con los destellos de las ventanas de las cabañas, las luces del cielo mostraban la localidad de Bicetre. Un momento de reflexión me decidió a tomar a la derecha e intentar llegar a Montrouge. Allí, al menos, habría algún tipo de seguridad, y posiblemente llegaría mucho antes a alguno de los cruces que conocía. En algún lugar, no muy lejos, debía de estar la carretera estratégica hecha para conectar la cadena de fuertes periféricos que rodeaban la ciudad.

Entonces miré hacia atrás. Pasando por encima de los montículos, y perfilado en negro contra el resplandor del horizonte parisino, vi varias figuras en movimiento, y todavía un camino a la derecha varias más desplegándose entre yo y mi destino. Evidentemente, pretendían cortarme el paso en esa dirección, por lo que mi elección se vio restringida; ahora estaba entre seguir de frente o girar a la izquierda. Inclinándome hacia el suelo, para tener la ventaja del horizonte como línea de visión, miré cuidadosamente en esta dirección, pero no pude detectar ninguna señal de mis enemigos. Aduje que, como no habían vigilado o no intentaban vigilar ese

punto, era evidente que allí ya había peligro para mí. Así que me decidí a seguir recto ante mí.

No era una perspectiva atractiva, y a medida que avanzaba la realidad empeoraba. El suelo se volvía blando y viscoso, y de vez en cuando cedía debajo de mí de un modo repugnante. Parecía que estaba descendiendo, pues veía a mi alrededor lugares aparentemente más elevados que donde me encontraba, y esto en un lugar que desde un poco más atrás parecía totalmente llano. Miré a mi alrededor, pero no pude ver a mis perseguidores. Esto era extraño, ya que durante todo el tiempo estos pájaros de la noche me habían seguido a través de la oscuridad como si fuera plena luz del día. Cómo me culpé de haber salido con mi traje de turista de color claro, de tweed. El silencio, y el hecho de no poder ver a mis enemigos, mientras sentía que me observaban, se volvió espantoso, y con la esperanza de que alguien que no fuera de esta espantosa tripulación me oyera, levanté la voz y grité varias veces. No hubo la menor respuesta; ni siquiera un eco recompensó mis esfuerzos. Durante un rato me quedé inmóvil y mantuve la mirada en una sola dirección. En uno de los lugares elevados que me rodeaban vi moverse algo oscuro, luego otro, y otro. Estaba a mi izquierda y parecía que se movía para adelantarse a mí.

Pensé que de nuevo podría eludir a mis enemigos con mi habilidad como corredor en este juego, así que con toda mi velocidad me lancé hacia adelante.

¡Splash!

Mis pies habían cedido en una masa de basura viscosa, y había caído de cabeza en un estanque apestoso y estancado. El agua y el lodo, en el que mis brazos se hundían hasta los codos, eran asquerosos y nauseabundos, y en lo repentino de mi caída había tragado parte de la suciedad, que casi me ahogó y me hizo jadear. Nunca olvidaré los momentos en los que estuve tratando de recuperarme, casi desmayado por el fétido olor del sucio charco, cuya niebla blanca se elevaba como un fantasma alrededor. Lo peor de todo es que, con la aguda desesperación del animal cazado cuando ve que la jauría que le persigue se acerca a él, vi ante mis ojos, mientras estaba indefenso, las oscuras formas de mis perseguidores moviéndose rápidamente para rodearme.

Es curioso cómo nuestras mentes trabajan en asuntos extraños incluso cuando las energías del pensamiento están aparentemente concentradas en alguna necesidad terrible y apremiante. Mi vida

corría un peligro momentáneo: mi seguridad dependía de mi acción, y la elección de las alternativas se producía casi a cada paso que daba, y sin embargo no podía dejar de pensar en la extraña persistencia de aquellos ancianos. Su silenciosa resolución, su firme y sombría persistencia, incluso en una causa como ésta, inspiraba, además de temor, incluso cierto respeto. Qué debían ser en el vigor de su juventud. Ahora puedo entender aquella carrera de torbellinos en el puente de Arcola, aquella exclamación de desprecio de la Vieja Guardia en Waterloo. La reflexión inconsciente tiene sus propios placeres, incluso en esos momentos; pero afortunadamente no choca en absoluto con el pensamiento del que surge la acción.

Me di cuenta de un vistazo que hasta ahora estaba derrotado en mi objetivo, mis enemigos aún habían ganado. Habían logrado rodearme por tres lados, y estaban empeñados en expulsarme hacia la izquierda, donde ya había algún peligro para mí, pues no habían dejado ninguna guardia. Acepté la alternativa: era un caso de elección y huida de Hobson. Tenía que mantener el terreno más bajo, pues mis perseguidores estaban en los lugares más altos. Sin embargo, aunque el fango y el suelo roto me lo impedían, mi juventud y mi entrenamiento me hicieron capaz de mantenerme firme, y al mantener una línea diagonal no sólo impedí que me alcanzaran, sino que incluso comencé a distanciarlos. Esto me dio un nuevo corazón y fuerza, y para entonces el entrenamiento habitual empezaba a dar sus frutos y mi segundo aire había llegado. Ante mí, el terreno se elevaba ligeramente. Me apresuré a subir la ladera y encontré ante mí un desecho de limo acuoso, con un dique o banco bajo que parecía negro y sombrío más allá. Pensé que si podía llegar a ese dique con seguridad, podría encontrar con relativa facilidad una salida a mis problemas, con tierra firme bajo mis pies y algún tipo de camino que me guiara. Tras echar un vistazo a derecha e izquierda y no ver a nadie cerca, mantuve mis ojos durante unos minutos en su legítima labor de ayudar a mis pies mientras cruzaba el pantano. Era un trabajo áspero y duro, pero había poco peligro, sólo trabajo; y en poco tiempo llegué al dique. Me apresuré a subir la pendiente exultante; pero aquí me encontré de nuevo con un nuevo sobresalto. A ambos lados de mí se alzaron varias figuras agazapadas. Desde la derecha y la izquierda se abalanzaron sobre mí. Cada cuerpo sostenía una cuerda.

El cordón estaba casi completo. No podía pasar por ninguno de los dos lados, y el final estaba cerca.

Sólo había una oportunidad, y la aproveché. Me lancé al otro lado del dique y, escapando de las garras de mis enemigos, me arrojé al arroyo.

En cualquier otro momento habría pensado que aquella agua era asquerosa y sucia, pero ahora era tan bienvenida como el arroyo más cristalino para el viajero reseco. Era una autopista segura.

Mis perseguidores se precipitaron tras de mí. Si uno solo de ellos hubiera sujetado la cuerda, habría sido todo para mí, pues podría haberme enredado antes de que tuviera tiempo de nadar una brazada; pero las numerosas manos que la sujetaban los avergonzaron y retrasaron, y cuando la cuerda golpeó el agua oí el chapoteo bien atrás. Unos minutos de duro nado me llevaron al otro lado de la corriente. Refrescado por la inmersión y animado por la fuga, subí el dique con relativa alegría de espíritu.

Desde la cima miré hacia atrás. A través de la oscuridad vi a mis asaltantes dispersándose a lo largo del dique. Era evidente que la persecución no había terminado, y de nuevo tuve que elegir mi rumbo. Más allá del dique donde me encontraba había un espacio salvaje y pantanoso muy similar al que había cruzado. Decidí evitar ese lugar, y pensé por un momento si debía subir o bajar el dique. Me pareció oír un sonido, un sonido sordo de remos, así que escuché y grité.

No hubo respuesta, pero el sonido cesó. Evidentemente, mis enemigos habían conseguido una barca de algún tipo. Como estaban en el lado de arriba, tomé el camino de abajo y empecé a correr. Al pasar a la izquierda del lugar donde había entrado en el agua, oí varios chapoteos, suaves y sigilosos, como el sonido que hace una rata al sumergirse en la corriente, pero mucho mayor; y al mirar vi el oscuro brillo del agua roto por las ondas de varias cabezas que avanzaban. Algunos de mis enemigos nadaban también por la corriente.

Y ahora, detrás de mí, río arriba, el silencio fue roto por el rápido traqueteo y crujido de los remos; mis enemigos me perseguían. Puse mi mejor pierna por delante y seguí corriendo. Después de una pausa de un par de minutos miré hacia atrás, y por un resplandor de luz a través de las nubes rasgadas vi varias formas oscuras que subían por la orilla detrás de mí. El viento había comenzado a levantarse, y el agua a mi lado se agitaba y comenzaba a romper en pequeñas olas en la orilla. Tuve que mantener los ojos bien fijos en el suelo ante mí, para no tropezar, pues sabía que tropezar era la

muerte. Al cabo de unos minutos miré hacia atrás. En el dique sólo había unas pocas figuras oscuras, pero cruzando el terreno baldío y pantanoso había muchas más. No sabía qué nuevo peligro presagiaba esto, sólo podía adivinarlo. Entonces, mientras corría, me pareció que mi camino se alejaba cada vez más hacia la derecha. Miré hacia adelante y vi que el río era mucho más ancho que antes, y que el dique en el que me encontraba caía bastante lejos, y más allá había otro arroyo en cuya orilla cercana vi algunas de las formas oscuras que ahora cruzaban el pantano. Me encontraba en una especie de isla.

Mi situación era ahora realmente terrible, pues mis enemigos me habían rodeado por todas partes. Detrás de mí se oía el rápido redoble de los remos, como si mis perseguidores supieran que el final estaba cerca. La desolación me rodeaba por todas partes; no había ni un techo ni una luz, hasta donde yo podía ver. A lo lejos, a la derecha, se alzaba una masa oscura, pero no sabía qué era. Por un momento me detuve a pensar qué debía hacer, no por más tiempo, pues mis perseguidores se acercaban. Entonces me decidí. Me deslicé por la orilla y me lancé al agua. Salí en línea recta, para ganar la corriente despejando el remanso de la isla, pues tal supongo que era, cuando había pasado a la corriente. Esperé hasta que una nube atravesó la luna y dejó todo a oscuras. Entonces me quité el sombrero y lo dejé suavemente sobre el agua que flotaba con la corriente, y un segundo después me sumergí a la derecha y salí bajo el agua con todas mis fuerzas. Estuve, supongo, medio minuto bajo el agua, y cuando me levanté salí a la superficie tan suavemente como pude, y volviéndome, miré hacia atrás. Allí estaba mi sombrero marrón claro flotando alegremente. Cerca de él venía una vieja y desvencijada barca, impulsada furiosamente por un par de remos. La luna seguía parcialmente oculta por las nubes a la deriva, pero a la luz parcial pude ver a un hombre en la proa sosteniendo en alto lo que me pareció ser la misma terrible hacha de palo de la que había escapado antes. Mientras miraba, el barco se acercaba más y más, y el hombre golpeaba salvajemente. El sombrero desapareció. El hombre cayó hacia adelante, casi fuera del bote. Sus compañeros lo arrastraron hacia dentro, pero sin el hacha, y entonces, cuando me giré con todas mis energías empeñadas en alcanzar la orilla más lejana, oí el feroz zumbido del "¡Sacre!" murmurado que marcaba la ira de mis desconcertados perseguidores.

Era el primer sonido que había oído de labios humanos durante toda esta espantosa persecución, y aunque estaba lleno de amenaza y peligro para mí, era un sonido bienvenido, pues rompía aquel horrible silencio que me envolvía y me horrorizaba. Era como una señal evidente de que mis adversarios eran hombres y no fantasmas, y que con ellos tenía, al menos, la posibilidad de ser un hombre, aunque sólo uno contra muchos.

Pero ahora que el hechizo del silencio se había roto, los sonidos se sucedían con rapidez. De la embarcación a la orilla y de la orilla a la embarcación llegaban preguntas y respuestas rápidas, todas en los más fieros susurros. Miré hacia atrás -algo fatal-, porque en un instante alguien vio mi cara, que se mostraba blanca en el agua oscura, y gritó. Unas manos me señalaron, y en un momento o dos el barco estaba bajo el peso, y siguiéndome con fuerza. Sólo me quedaba un poco de camino por recorrer, pero el barco se acercaba cada vez más rápido a mí. Unas pocas brazadas más y estaría en la orilla, pero sentía que el barco se acercaba, y esperaba cada segundo sentir el choque de un remo u otra arma sobre mi cabeza. Si no hubiera visto aquella espantosa hacha desaparecer en el agua, no creo que hubiera podido ganar la orilla. Oí las maldiciones murmuradas de los que no remaban y la respiración agitada de los remeros. Con un esfuerzo supremo por la vida o la libertad, toqué la orilla y subí de un salto. No hubo un solo segundo que perder, porque detrás de mí la barca encalló y varias formas oscuras se lanzaron tras de mí. Alcancé la cima del dique y, manteniéndome a la izquierda, corrí de nuevo. La barca se alejó y siguió por la corriente. Al ver esto, temí el peligro en esa dirección y, girando rápidamente, bajé el dique por el otro lado y, después de pasar un corto tramo de terreno pantanoso, llegué a una llanura salvaje y abierta y seguí corriendo.

Detrás de mí seguían mis implacables perseguidores. A lo lejos, debajo de mí, vi la misma masa oscura de antes, pero ahora más cerca y más grande. Mi corazón se estremeció de alegría, pues sabía que debía ser la fortaleza de Bicetre, y con nuevo valor seguí corriendo. Había oído que entre todas y cada una de las fortalezas protectoras de París hay caminos estratégicos, profundos caminos hundidos, donde los soldados que marchan deben resguardarse de un enemigo. Sabía que si conseguía llegar a este camino estaría a salvo, pero en la oscuridad no podía ver ninguna señal de él, así que, con la ciega esperanza de alcanzarlo, seguí corriendo.

En seguida llegué al borde de un profundo corte, y descubrí que por debajo de mí corría un camino custodiado a cada lado por una zanja de agua cercada a ambos lados por un muro recto y alto.

Cada vez más desmayado y mareado, seguí corriendo; el terreno se hizo más quebrado, cada vez más, hasta que me tambaleé y caí, y me levanté de nuevo, y seguí corriendo con la ciega angustia del cazado. De nuevo, el pensamiento de Alice me puso nervioso. No me perdería y arruinaría su vida: lucharía y pelearía por la vida hasta el amargo final. Con un gran esfuerzo alcancé la cima del muro. Cuando, trepando como un catamundi, me levanté, sentí que una mano me tocaba la planta del pie. Me encontraba ahora en una especie de calzada, y ante mí vi una luz tenue. Ciego y mareado, seguí corriendo, me tambaleé y caí, levantándome, cubierto de polvo y sangre.

"¡Alto la!"

Las palabras sonaron como una voz del cielo. Un resplandor de luz pareció envolverme y grité de alegría.

"¿Qui va la?" El traqueteo de la mosquetería, el destello del acero ante mis ojos. Instintivamente me detuve, aunque detrás de mí se precipitaron mis perseguidores.

Una o dos palabras más, y de una puerta salió, según me pareció, una marea de rojo y azul, mientras la guardia se retiraba. Todo alrededor parecía resplandecer de luz, y el destello del acero, el tintineo y el traqueteo de las armas, y las fuertes y ásperas voces de mando. Cuando caí hacia adelante, completamente agotado, un soldado me atrapó. Miré hacia atrás con una espantosa expectación, y vi la masa de formas oscuras desapareciendo en la noche. Entonces debí de desmayarme. Cuando recuperé el sentido estaba en la sala de guardia. Me dieron brandy, y después de un rato pude contarles algo de lo que había pasado. Entonces apareció un comisario de policía, aparentemente de la nada, como es la costumbre de los policías parisinos. Escuchó atentamente, y luego tuvo un momento de consulta con el oficial al mando. Al parecer, se pusieron de acuerdo, pues me preguntaron si estaba dispuesto a ir con ellos.

"¿Adónde?" pregunté, levantándome para ir.

"De vuelta a los montones de basura. Tal vez los alcancemos todavía".

"¡Lo intentaré!", dije.

Me miró por un momento con agudeza, y dijo de repente:

"¿Quieres esperar un poco o hasta mañana, joven inglés?" Esto me conmovió, como tal vez pretendía, y me puse en pie de un salto.

"¡Venga ya!" dije; "¡ahora! ¡ahora! Un inglés siempre está dispuesto a cumplir con su deber".

El comisario era un buen tipo, además de astuto; me dio una palmada en el hombro con amabilidad. "¡Garcón valiente!", dijo. "Perdóname, pero sabía lo que te haría más bien. La guardia está lista. Vamos".

Y así, atravesando la sala de guardia y un largo pasillo abovedado, salimos a la noche. Algunos de los hombres del frente tenían potentes linternas. A través de los patios y por un camino en pendiente salimos por un arco bajo a un camino hundido, el mismo que había visto en mi huida. Se dio la orden de ir a paso ligero, y con una zancada rápida, medio corriendo, medio andando, los soldados avanzaron rápidamente. Sentí que mis fuerzas se renovaban de nuevo; tal es la diferencia entre el cazador y el cazado. Una distancia muy corta nos llevó a un puente de pontones de poca altura que cruzaba el arroyo, y evidentemente muy poco más arriba de lo que yo había alcanzado. Evidentemente, se había hecho algún esfuerzo para dañarlo, pues las cuerdas estaban cortadas y una de las cadenas estaba rota. Oí que el oficial le decía al comisario:

"¡Llegamos justo a tiempo! Unos minutos más y habrían destruido el puente. Adelante, más rápido todavía" y seguimos. Nuevamente llegamos a un pontón en la sinuosa corriente; al subir oímos el estruendo hueco de los tambores metálicos al reanudarse los esfuerzos por destruir el puente. Se dio una orden y varios hombres levantaron sus rifles.

"¡Fuego!" Sonó una andanada. Hubo un grito ahogado y las formas oscuras se dispersaron. Pero el mal estaba hecho, y vimos cómo el extremo más alejado del pontón se balanceaba en la corriente. Esto supuso un grave retraso, y pasó casi una hora antes de que hubiéramos renovado las cuerdas y restaurado el puente lo suficiente como para permitirnos cruzar.

Reanudamos la persecución. Más rápido, más rápido fuimos hacia los montones de basura.

Después de un tiempo llegamos a un lugar que yo conocía. Había restos de una hoguera: unas pocas cenizas de madera humeantes arrojaban aún un resplandor rojo, pero la mayor parte de las cenizas estaban frías. Conocía el lugar de la cabaña y la colina que

había subido a toda prisa, y en el resplandor parpadeante los ojos de las ratas aún brillaban con una especie de fosforescencia. El comisario dirigió una palabra al oficial, y éste gritó:

"¡Alto!"

Se ordenó a los soldados que se desplegaran alrededor y vigilaran, y entonces comenzamos a examinar las ruinas. El propio comisario comenzó a levantar las tablas carbonizadas y la basura. Los soldados los cogieron y los amontonaron. En un momento dado, retrocedió, se agachó y, levantándose, me hizo una seña.

"¡Mira!", dijo.

Era un espectáculo espantoso. Había un esqueleto boca abajo, una mujer por las líneas, una anciana por la fibra gruesa del hueso. Entre las costillas se alzaba un largo puñal hecho con un cuchillo de afilar de carnicero, con su afilada punta enterrada en la columna vertebral.

"Observará usted -dijo el comisario al oficial y a mí mientras sacaba su cuaderno de notas- que la mujer debe haber caído sobre su puñal. Las ratas son muchas aquí -vea sus ojos brillando entre ese montón de huesos- y también notará -me estremecí mientras ponía la mano sobre el esqueleto- que no han perdido mucho tiempo, pues los huesos apenas están fríos."

No había ninguna otra señal de nadie cerca, ni vivo ni muerto, y así, desplegándose de nuevo en fila, los soldados siguieron adelante. En seguida llegamos a la cabaña hecha con el viejo armario. Nos acercamos. En cinco de los seis compartimentos había un anciano durmiendo, tan profundamente que ni siquiera el resplandor de las linternas los despertó. Parecían viejos, lúgubres y canosos, con sus rostros demacrados, arrugados y bronceados y sus blancos bigotes.

El oficial gritó con dureza y en voz alta una palabra de mando, y en un instante cada uno de ellos se puso en pie ante nosotros y se puso en "atención".

"¿Qué hacéis aquí?"

"Dormimos", fue la respuesta.

"¿Dónde están los otros traperos?", preguntó el comisario.

"Se han ido a trabajar".

"¿Y ustedes?"

"¡Estamos de guardia!"

"¡Peste!", se rió el oficial con gravedad, mientras miraba a los viejos uno tras otro a la cara y añadía con fría crueldad deliberada: "¡Dormidos de guardia! ¿Es esta la manera de la vieja guardia? No

es de extrañar, pues, un Waterloo".

Por el brillo de la linterna vi que los viejos rostros se ponían mortalmente pálidos, y casi me estremecí al ver la mirada de los ancianos cuando la risa de los soldados se hizo eco de la sombría complacencia del oficial.

En ese momento me sentí en cierta medida vengado.

Por un momento pareció que iban a lanzarse sobre el burlón, pero los años de vida los habían instruido y permanecieron quietos.

"No sois más que cinco", dijo el comisario; "¿dónde está el sexto?". La respuesta llegó con una sombría carcajada.

"¡Está ahí!" y el orador señaló el fondo del armario. "Murió anoche. No encontrarás mucho de él. El entierro de las ratas es rápido".

El comisario se agachó y miró dentro. Luego se volvió hacia el oficial y le dijo con calma:

"Es mejor que volvamos. No hay rastro aquí ahora; ¡nada que pruebe que ese hombre fue el herido por las balas de sus soldados! Probablemente lo asesinaron para ocultar el rastro. Mira", se inclinó de nuevo y puso las manos sobre el esqueleto. "Las ratas trabajan rápido y son muchas. Estos huesos están calientes".

Me estremecí, al igual que muchos más de los que me rodeaban.

"¡Formen!", dijo el oficial, y así, en orden de marcha, con las linternas oscilando al frente y los veteranos maniatados en medio, con paso firme nos sacamos de los montones de basura y nos volvimos hacia la fortaleza de Bicetre.

* *

Mi año de prueba ha terminado hace tiempo, y Alice es mi esposa. Pero cuando miro hacia atrás y veo ese mes de prueba, uno de los incidentes más vívidos que la memoria recuerda es el relacionado con mi visita a la Ciudad de la Basura.

Fin*

¡Gracias por leer este libro de

www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web